

El Desarrollo Psicosexual

Saul Paciuk()*

Resumen

Siendo el capítulo del desarrollo psicosexual el más “psicoanalítico” dentro de la psicología oficial, se ensaya aquí una revisión del tema a través de tres momentos: Freud, Fairbairn, Klein.

Se señalan algunos de los supuestos de la interpretación más difundida de la teoría de los instintos y luego la crítica de Fairbairn a la misma, centrada en la evidencia de que el impulso es relacional desde su origen y no es una mera incitación a un contacto. A partir de aquí el punto de vista genético puede ser sustituido por otro que puede hallar sus raíces en Fairbairn y Klein y de este modo el desarrollo psicosexual pasa de ser la descripción de las vicisitudes de un instinto a ser la historia de las relaciones de objeto. Esto supone la superación del prejuicio acerca del objeto y del propio sujeto y el pasaje del cuerpo visto como agobio a ser vivido como condición y posibilidad.

Por último se señalan aperturas que permite el esquema planteado por “Envidia y gratitud y cómo a partir de ellas parece esbozarse una reinterpretación de parte del pensamiento psicoanalítico, a la vez que lo inscribe dentro de las corrientes de pensamiento que critican el esquema atómico y solipsista, proponiendo un esquema relacional. Pero en este punto reencontramos a Freud, el Freud que ecuaciona represión y resistencia.

Descriptores: DESARROLLO SEXUAL / PULSION / OBJETO / RELACION DE OBJETO / PSICOSEXUALIDAD / RESEÑA CONCEPTUAL.

1. — El desarrollo psicosexual aparece en un momento de la psicología al que podemos reconocer dos fuentes, las mismas que componen su nombre: la psicología evolutiva y el estudio de la vida sexual y afectiva.

La psicología evolutiva trajo el interés por la génesis, por las “edades del hombre”. Reemplazó la comprensión de los antecedentes del modo de ser adulto como meras preparaciones imperfectas, como pura inmadurez. El cambio permitió que surgiera una psicología de la infancia, considerada como inscripta en un proceso que lleva a la adultez, pero con un valor propio: el hombre ya no es sólo un adulto más o menos logrado, sino con esta facultad. Antes de serlo, es niño.

Esto representó un descentramiento del adulto (quien deja de ser el fin y ‘modelo de toda organización) y la posibilidad de descubrir por un lado, una ley propia en lo que no es él mismo y por otro, las raíces de su ser adulto en lo infantil. A la vez permitió descubrir la continuidad de lo infantil en lo adulto, al punto que para alguna psicología,

* Dirección: Rambla República del Perú 1075, apartamento 703. Montevideo

el adulto no es sino un niño parcialmente “maduro”.

2. — Conjuntamente se va dando una parcelación del hombre en campos yuxtaponibles y los desarrollos que se describen parecen seguir líneas propias según el campo considerado. El adulto no es igualmente maduro en todos ellos, no es un adulto macizo. El desarrollo se hace atomizado intelectual, sexual, motor, social, etc.

3. — Este proceso llevó a hallar en la niñez aspectos “ignorados”, uno de los cuales es el de la vida sexual. Freud “descubrió” la sexualidad infantil, que imputa al niño sentimientos hasta entonces rechazados y al mismo tiempo señaló las formas de la continuidad de esta sexualidad infantil en el adulto y las raíces en el niño de la sexualidad adulta. La vida sexual infantil aparece asociada a lo aberrante del adulto, entendido como una persistencia o fijación en lo infantil.

Freud vio la genitalidad como un momento de la sexualidad, y estos términos dejaron de ser sinónimos. Busca los antecedentes de lo sexual, aquello en lo que ha venido a parar lo infantil y comprende cada paso por aquello a lo que apunta y desde ya prefigura y por aquello de lo cual es un desarrollo. Las conductas no sólo se suceden, persisten y explican las peculiaridades de una evolución que sólo forzosamente es recta, mera sustitución.

4.— Lo sexual aparece como problema interno, como impulsado desde dentro por una fuerza, un instinto, colocado en la frontera de lo psíquico y lo biológico y representando una compleja forma de integración de ambos. En lo sexual, lo corporal y lo mental son inseparables, sexo supone cuerpo, un modo corporal de referirse al mundo, ejemplificado en el sueño, donde cada cosa vale inmediatamente por su notoria connotación corporal. **Lo sexual representaría la vivencia del propio cuerpo que hace el sujeto aislado.**

Todavía más, lo sexual representa en la psicología de ese momento, la única conducta que implica trato con otro cuerpo, con otro que se resiste a ser mero cuerpo. Con lo que la posibilidad de una psicología solipsista, queda simultáneamente puesta en cuestión. Pero sólo más tarde se desplegará la fecundidad de esta contradicción, de cuyo desarrollo saldrá una de las vías de descubrimiento de una comunidad humana esencial y Originaria.

5. — Se dice “descubrimiento” de la sexualidad infantil, pero no fue tal en el sentido de ver cosas que nadie había visto. El descubrimiento fue dar sentido, ubicar en un mapa abarcador, cosas que se sabían, mas cuyo valor era ignorado. Pero aún así debe hablarse de descubrimiento: Freud supuso que lo que implicaba aquella sorprendente ignorancia, era un afecto especial que impedía el entendimiento. Entonces no se trató sólo de describir el desarrollo de un impulso o de una conducta, sino de ver que esta descripción **es inseparable de la relación que se establece entre quien habla y quien escucha**, que no es lo mismo hablar de desarrollo sexual que intelectual y que quien lo hace encuentra una actitud de descreimiento. Si lo sexual por definición supone otro (o más de uno, como lo descubrió Freud con el modelo de relación que llamó Edipo), el problema del otro está presente ante el despliegue de la sexualidad y también cuando se la estudia: el problema del otro se “transfiere” a la relación con el científico que lo plantea.

Así, el descubrimiento de Freud no sólo integra conductas dispersas y hace notorio lo negado o lo reservado a una intimidad vergonzante, sino que **nos enseña el porqué**

de la dificultad para ese acceso, cómo la resistencia a la sexualidad infantil se análoga a la resistencia al otro y se funda en la necesidad de seguir siendo la conciencia soberana que sabe de sí todo y es su propio juez y decide acerca de lo que conviene a su imagen de sí. A una organización atómica interna (lo sexual disperso, y a la vez segregado del resto de la vida) se corresponde una organización atómica externa, donde la voz de cada uno nada tiene que decir al otro, o al menos es “resistida”. Pero que lo sea, denota que le importa.

Si el hombre ya no es autosuficiente, si la conciencia ya no es autónoma y soberana, puede aparecer un inconsciente como el modo primordial de darse lo sexual. Es lo reprimido y esto reprimido se análogo a lo resistido, se inscribe en un fenómeno social.

6. — Podemos ver entonces que desde un comienzo se abrieron para la comprensión del desarrollo psicosexual, dos caminos, que suponen dos puntos de vista y aun dos psicologías. El de una Psicología solipsista o el de una psicología relacional. La que tiene en vista un hombre preocupado por las fuerzas ajenas y casi impersonales, que siente que obran en él y son un agobio, o un hombre preocupado por trates efectivos e imaginados con otros y resolviendo “el problema del otro”.

El primer encare supone que se estudia la evolución de un impulso que lleva a establecer, optativamente, relaciones con los demás, entendidos a su vez como ocasiones para activar y descargar ese impulso. El segundo, una psicología de las relaciones de objeto, que concibe un sujeto desde siempre en trato con objetos y que en alguna forma incluye la respuesta de estos en sus determinaciones (aun cuando la niega, porque entonces esta respuesta tiene una existencia negada).

Por otra parte, la primera forma de desarrollo supone un observador que registra conductas o testimonios de un sujeto que hace cosas. La otra implica un observador que intenta definir sentidos, que se supone ante un interlocutor y no ante un receptor y que está comprometido con él, que descubre sentidos.

Y puede decirse que ambas formas de entender tienen raíces en Freud, en diferentes momentos de su cloro, en diferentes “modos de leer a Freud”.

7. — En uno de los sentidos, Freud representa en la psicología el momento de la introducción del cuerpo y del otro con sus nociones básicas de sexualidad y do inconsciente.

No es que antes no se viera el cuerpo. Se le destazó como fuente de apstencias, origen de necesidades que debían ser calmadas. Se aspiraba a que fuera sólo un neutro instrumento de una conciencia. Freud representa el pasaje del cuerpo biológico al cuerpo humano, a considerarlo como una manera original de referirse y establecer relaciones con el mundo. Pero el desligamiento de la biología nunca fue completo en sus obras teóricas. La visión biológica del cuerpo sigue presupuesta cuando el cuerpo se traduce en una demonología que invade a una psique inocente y sorprendida. Cuando Freud habla de los instintos como motores del psiquismo, habla de un hombre movido por fuerzas que le son ajenas y de las que debe hacerse cargo facilitando su descarga, por lo que el principio del placer y de constancia hallan su lugar. Supone la primacía del ello y su anterioridad a todo trato y un yo surgido de la necesidad de facilitar el trabajo del ello y un superyo que representa los peligros a tener en cuenta en esta tarea de descargo.

A su vez los instintos-fuerzas, independientes y originales, conllevan el concepto de zonas erógenas, de zonas a través de las cuales se opera el contacto que canaliza la descarga. De modo que el esquema energético trae consigo un esquema atómico corporal y social, concebidos como conglomerados de entidades separadas.

8. — El desarrollo psicosexual entendido como un instinto que se traduce en conductas culminó en Abraham, con su prolija descripción de las fases del desarrollo libidinal. La ambigüedad que existía hasta ese momento respecto del sentido que la sexualidad se borra. En tanto Freud cabalgaba entre una descripción en términos de relaciones (con sus estadios autoerótico, narcisista y aleerótico) o en términos de impulsos, Abraham propuso un esquema basado en la naturaleza del fin libidinal, del modo de la descarga del instinto, la cual supone ver al objeto sólo como la ocasión de esta descarga. Con Abraham el desarrollo se hace a impulsos de una maduración biológica que impone conductas y el desarrollo es más que nada una traducción de lo biológico en lo psicológico.

9. — Este Freud ha sido señalado (Fairbairn) como funcionando dentro del esquema físico prevalente en su tiempo, con acuerdo al cual estructura y energía son separables. Allí aparece una energía producto de un desnivel, sin otra dirección que la búsqueda de su descarga. El universo, como el psiquismo y como el cuerpo, consistiría en un conjunto de estructuras, de partículas inertes por sí mismas y que si nada viniera a conmoverlas, seguirían así. La energía viene a impartirles movimiento, como en el caso de los impulsos que obran como estímulo de la actividad psíquica, cayéndole al psiquismo inopinadamente, surgiendo sin motivo, como puro capricho.

10. — Pero ésta no sólo no es la única biología posible (hoy se considera que el organismo funciona como un todo desde el comienzo, mientras funciona normalmente y que la disociación de sus funciones corresponde a un modo anormal de funcionamiento) sino que tampoco es la única psicología: ahora quizá ya no podemos concebir al individuo fuera de su relación con otros, que sólo en relación con ellos tiene vida y toda consideración de un individuo aislado supone considerar condiciones anormales.

11. — En Freud mismo la línea que no intenta conciliarse con la biología marca quizá el aspecto más fecundo de su pensamiento. Parte de la ecuación represión—resistencia de sus primeras obras, que hace de la represión un modo simultáneo de trato a sí y al otro, y del inconsciente, la mirada del otro. Y culmina con la introducción de lo que llama instinto de muerte, quizá más por pereza que por otra cosa, pues confiesa que no puede hallarle ningún apoyo en la biología, nada que lo justifique como instinto. Su finalidad se emparenta con la señalada antes por la resistencia: son formas de trato con otro y en ambas el otro aparece visiblemente como implicado en su intención y finalidad.

12. — Quizá el aporte más individualizado de Freud y el psicoanálisis a la psicología oficial sea el abarcado por el capítulo desarrollo psicosexual. Por lo mismo puede justificarse el intento de desarrollar aquella contradicción mostrando algunas de las aperturas que permiten aportes como los de Klein y Fairbairn. Pero más que de un resumen, se trata aquí de hacer una interpretación que destaca algunos aspectos de una obra más compleja, intentando sí señalar los que parecen marcar caminos más promisorios.

Que va desde una psicología del impulso...

1. — La existencia de impulsos supone fuerzas que actúan como motores de una estructura psíquico solitaria. Estas fuerzas serían en si mismas fijas y determinadas de antemano, tendrían un fin que necesita del psiquismo para concretarse, pero sólo como medio. Estas fuerzas traducirían a nivel psicológico los que serían desniveles orgánicos y buscarían la descarga a través de conductos.

En lugar de una conciencia soberana que utiliza como medio a un cuerpo, se trata de un cuerpo con exigencias propias que se impone a una conciencia.

El principio de la constancia y su corolario, el del placer, aparecen rigiendo un aparato psíquico cuyo fin es equilibrar tensiones, primero internas, luego derivadas de la interacción de lo interno con lo externo. Esta búsqueda de equilibrio cuenta con un mecanismo, la represión, que obra como un dique que permite o no la descarga, negando o posibilitando el pasaje del impulso al sistema conciencia-movimiento. El segundo caso se hace conducta. En el primero, queda como energía que busca una salida lateral, la representada por el síntoma, una conducta sustitutiva vicaria.

La fuente de toda esta dinámica es el ello, visto como la repercusión psíquica de las tensiones orgánicas que inopinadamente invaden al psiquismo, que de otro modo nada tendría que ver con estas tensiones que lo distraen y lo enferman. Para un psiquismo preocupado por su cuerpo que es a la vez fuente de goce y casa de demonios, el otro y el mundo aparecen tardíamente, cuando se hace necesario el contacto para llegar a una mejor descarga. Pero además aparecen esencialmente como frenos, como negadores de la posibilidad de placer, por lo cual se hace necesaria una instancia que intente el difícil equilibrio entre las demandas de un reservorio de impulsos que anteceden al contacto con la realidad y una realidad que no siempre los favorece. Es un otro tardío y la psicología de los impulsos subsiste como esencialmente solipsista.

2. — Pero los llamados instintos, en el hombre, se caracterizan precisamente por carecer de la fijeza que parecen tener en los animales. En el animal puede hablarse de instinto en tanto sigue pautas fijas relativamente independientes de la experiencia, y en tanto está activación instintiva no ofrece demasiados problemas pues su camino y su logro están asegurados de antemano.

Para el hombre, el camino hacia la llamada descarga instintiva (que es una búsqueda de una cierta relación consigo o con alguien) sólo está bosquejado a grandes rasgos y por lo tanto puede perderse. Pero no sólo el logro es una experiencia, supone un trabajo, sino que además el instinto mismo es básicamente suspendible y móvil. Si so estuviera ante una mero fuerza ciega que conoce y busca su descarga, ya no hablaríamos de instinto sino de reflejo o descarga vegetativa.

Esta ausencia de pautas rígidas permite que el hombre haga experiencia de su vida instintiva y que para él no sea un mero problema de vehiculizar o no lo que en él se da. Y porque aun consintiendo a su descarga, no basta este consentimiento para tener asegurado su logro.

Porque el impulso no sabe de antemano qué quiere y se enfrenta a la posibilidad de variados modos de lograr su objetivo, el que es suficientemente indefinido como para necesitar de su alcance para saber bien de qué se trataba o que no era eso lo buscado. Lo que busca el instinto no es claro de antemano y se descubre en su realización.

3. — El impulso ha sido entendido como una fuerza viniendo del ello y asaltando a un yo mártir, ubicado en la intersección de las demandas internas y de su percepción de las posibilidades reales.

El sentido original del impulso, es otro, es tensión, tender a algo. Pero entonces esta tensión no puede hallar a un sujeto espectador pasivo y sufrido sino que como tensión supone una unidad con este sujeto que se siente ante una tentación frente a la cual puede desarrollar variados comportamientos y cuya opción se ve dificultada por cuanto no le es claro ni domina las consecuencias de todos ellos. Es el sujeto que se siente frente a una situación disponiendo de una variedad de respuestas (cada una de las cuales supone que releva de esa situación un cierto sentido como el predominante), frente a una situación que se le da como multívoca: debe elegir cómo responder, pero con ello elige también cuál es la situación a la que se enfrentaba, la que no era del todo clara de antemano.

El conflicto surge porque estas ganas —vividas como deseo interno y censo la respuesta que la situación reclama— deben conciliarse con otras. El hombre no responde puntualmente sino con su vida entera y ello exige una cierta integración de sus respuestas con todo su ser para que no estalle. Se trata de una conciliación consigo, de una cierta fidelidad.

Así pues, lo que define al impulso es la tensión que supone que el impulso puede o no descargarse; que es una tentación implica la necesidad de integrarse con otros impulsos. Y esto es opuesto a considerar al hombre como asiento de fuerzas acabadas que lo mueven que

Y que necesitan sólo vía libre para alcanzar un objetivo que saben y dominan de antemano.

4. — Cuando el psicoanálisis señaló que estamos poblados de deseos, tenía en vista algo como esto. Que no se trata de fuerzas ciegas que nos habitan sino que nos pertenecen y el problema radicó entonces en hallar la forma de esta pertenencia y no en inventariar estos impulsos. Se trató de ver cómo lo que nos va pasando es vivido como respondiendo en alguna medida a expectativas propias y no es mero accidente. Cómo lo deseado prolonga sus raíces en una historia y se inscribe en una vida entera, cómo presentifica un anhelo sentido como desde siempre, que se reactualiza cada vez y se re-presenta como el mismo.

Así pues no podemos hablar de impulso sino en presencia de una persona entera, por lo que la distinción entre ello y yo y superyó queda en entredicho y se hace necesario pensar que no es posible concebir un ello antecedido al yo. Que podemos sí hablar de lo impulsivo como más o menos disociado, no integrable a como nos vemos, y que este sería el sentimiento de la ajenidad que en ciertos momentos tiene.

5. — En Freud mismo el impulso a-parece orientado hacia la realidad, buscando su descarga en ella. Busca un objeto, hacer algo con alguien o una parte de alguien, es búsqueda de contacto. Este contacto fue visto como orientado por el principio del placer, placer que equivalió a un estado de ausencia de tensiones internas, lo que supone un yo que tiene en cuenta sólo sus urgencias o ignora toda reciprocidad en el objeto. El objeto pasa a ser sólo la ocasión de la descarga.

El principio de realidad aparecería como secundario, consecutivo a los fracasos que implica la activación en el mareo del principio del placer, pero que no lo reemplaza sino que supone una mejor forma (con rodeos) para la consecución del placer.

Pero si el impulso es tensión sentida por el yo ante la necesidad de conciliar variados demandas. ya no es posible pensar en un yo regido primariamente por el placer, debo ser un yo inscripto en una realidad a la que se dirige y con la que trata y en esto marco el principio del placer aparece como un caso particular en que el yo niega la respuesta del objeto y se erige como el único objeto. Pero se trata de una negación, de una existencia del objeto que se prosigue aunque sea disociada y de la que no se puede desprender.

6. — Las críticas de Fairhairn se sistematizan a propósito de los trabajos de Abraham, que según Fairbairn señalan las limitaciones de la teoría de la libido.

Abraham precisó un desarrollo libidinal que seguiría una serie de fases, cada una de las cuales implicaría una cierta localización, una zona erógena, que sería el asiento de la descarga instintiva. Estas fases van de la oral primaria o de succión a la genital, que supone un reconocimiento del otro como pareja.

Ahora bien, en el estadio oral es notoria la relación de objeto que se establece, la forma de trato con el objeto que se trata de describir con esa denominación. Es el trato con un objeto-cosa al que le es negada toda reciprocidad con el sujeto y que existe sólo para satisfacer sus de-mandas. En los demás estadios la atención al objeto desaparece y la descripción se centro en la organización libidinosa y en las técnicas de que va disponiendo.

Es que esta descripción tiene en vista que para la libido lo primordial es la descarga, de allí que jerarquice la vía y modalidad de la misma (que sea oral, anal, fálica, etcétera).

7. — El concepto de zonas erógenas insiste en cuanto el placer es el fin de la libido y no un jalón en la relación con el objeto. Para la teoría de las zonas, el objeto es sólo ocasión de placer, lo cual es válido para las relaciones modelo oral, pero no para las demás, donde el objeto y la forma de trato con él cuentan de modo progresivamente predominante.

Pero, señala Fairbairn, que aun en el bebé no puede decirse que se chupo el pulgar porque sea satisfactorio, sino porque no tic-no un pecho, por que privado de su objeto recurre a Otro y está siempre en alguna forma de relación con él, siquiera alucinada.

De este modo resulta cuestionado de raíz el concepto de un autoerotismo, que parece estar en la base del concepto de zonas erógenas. El auto-erotismo es ahora sólo un medio de proveerse de objetos sustitutivos que no anulan la carencia que tratan de disimular.

8. — Fairbairn señala como significativo el que la nomenclatura utilizada para las frases se base sobre la naturaleza del fin libidinoso y no sobre la naturaleza del objeto y señala que debería hablarse -de fase de pecho, no oral. Esta eliminación de las características del objeto que cada fase supone llevó al olvido de que se trata do una evolución de formas de trato con objetos y permitió enfatizar el aspecto de los sucesivos afincamientos de la libido en el cuerpo, en las zonas erógenas a las que va

dinamizando. Esto impidió ver que las zonas aparecen como ocasiones de trato y ejemplifican modalidades de él. Cuando predomina un órgano libidinoso, no se trata de que una parte del cuerpo predomine, sino de todo un modo de organización del mundo y del yo, en el que está comprometido todo el sujeto. Si es la boca, es que el yo es un yo-bucal, que explora sus propias posibilidades y las de los objetos en tanto son vistos como objetos de succión, tragables. A la vez, en el adulto, no debemos hablar de que su actitud libidinosa sea genital, sino de que su trato genital es esencialmente libidinoso, porque puede tener trato genital (en el sentido de relación pene-vagina) sin tratarse de una actitud libidinosa “madura”.

Es que las relaciones de objeto no son satisfactorias por el hecho de que haya sido alcanzado el nivel genital, sino que, por el contrario, es debido a las relaciones de objeto satisfactorias que se logra la verdadera sexualidad genital.

Podemos resumir el aporte de Fairbairn con sus propias palabras:

“1. La libido es esencialmente buscadora de objeto.

2. Las zonas erógenas no son en si mismas determinantes primarias de los fines libidinosos, sino canales mediadores de los fines primarios de búsqueda de objeto del yo.

3. Cualquier teoría satisfactoria del desarrollo del yo debe ser concebida en términos de relaciones con objetos, y en especial relaciones con objetos que han sido internalizados durante la vida temprana, bajo la presión de la privación y 1a frustración.

4. Lo que Abraham describe como “fases” son con excepción de sus fases orales, en realidad, técnicas empleadas por el yo para regular las relaciones con objetos y en particular con objetos internalizados.”

9. — El impulso implica relación de objeto y ésta es problema de la personalidad, toda ella se encuentra implicada en su establecimiento y desarrollo.

El instinto deja de ser un estímulo de la actividad psíquica, el motor de una estructura inerte, una energía separada de ciertas estructuras a las que dota de movimiento. **Es una estructura psíquica en acción**, un yo en trato efectivo con otros.

Implica un querer hacer algo con alguien o algo, con lo que ello tiene a la vez de conducta de llevar la relación con alguien según un cierto cauce y una determinada finalidad) y de deseo (de pertenencia al sujeto, de mostrarlo a él mismo, de que inequívocamente es él el que quiere y es eso lo que quiere).

Hacia una psicología de las relaciones de objeto

1. — En la teoría de la libido concebida como buscadora de placer, hallamos por lo menos tres supuestos: el de un paralelismo psico-fisiológico (el impulso es el correlato de desniveles energéticos), el principio de constancia (el psiquismo preocupado por renivelarse descargando el incómodo impulso) y el de un impulso originario (frente a un yo sufrido que ve en los impulsos algo ajeno). Lo que se llama placer se corresponde a un mero alivio.

En este hedonismo psicológico está ausente toda consideración del objeto que no sea el verlo como mero objeto, ocasión de descarga de tensiones. Cuando ingreso y es tenido en cuenta (con la constitución del superyó) es en un momento tardío y lo es sólo como representación de los inconvenientes que puede tener para el propio sujeto cierta activación instintiva. Es decir, viene con el descubrimiento de que además de las fuentes internas de desplacer que se traducen en instintos, puede haber fuentes externas, que se traducen en castigos.

2.— La reformulación de la teoría de la libido que emprende Fairbairn, supone la superación de este esquema. La libido es entendida como “buscadora de objetos”, búsqueda que lleva al establecimiento de relaciones de objeto. La libido es así lo que está detrás del hecho de que el hombre no sea concebible fuera de alguna forma de trato con algo que no es él mismo, lo que da cuenta de que el hombre es esencialmente carencia que se colma en el encuentro con otros y con cosas que a su vez son testimonios de otros.

Este impulso al trato posibilita entender al hombre como un ser social desde su origen y esta sociabilidad esencial parece ser lo que Fairbairn tiene en vista.

3. — Esta sociabilidad implica dos vertientes. Una, la de una experiencia acerca de cómo es el objeto, experiencia que va desde un puro objeto fantaseado, hasta el encuentro con un objeto real. Desde una hipótesis acerca de et como constituido según las propias necesidades, hasta la posibilidad de asumir cómo es él para si mismo y aun para terceros, asumiendo que tiene una vida propia separada de la del sujeto y de su pensamiento de él.

Esta experiencia del objeto no lo implica sólo a él, sino también al sujeto: es una forma de sentirse el yo frente al objeto, que el propio sujeto es de una determinada forma por este trato y que nunca deja de estar en alguna ferina de trata. Siempre es afectado y siempre descubre su ser por cómo es en el marco da alguna relación y no tiene ningún ser fuera de ellas.

Es decir, que en la relación de objeto hay una simultánea interpretación de ambos miembros, de cómo es él conmigo (qué intenciones tiene, cómo responderá a las mías) y cómo me hace sentir. Y a su vez, esta relación simultánea oscilo entre el puro espejamiento (el objeto es idéntico al sujeta, no cabe que puede. ser diferente a como es pensado) a la diferenciación (por la cual el objeto es otro, tiene un ser para sí y para terceros, que es semejante y comprensible para el sujeto pero que puede desmentir esta comprensión).

4. — El objeto interno supone una persistencia de la relación con el objeto más allá del trato real: pasa a tener una existencia ‘internalizada’ y es tenido en vista y cuenta para las valoraciones y decisiones del sujeto. El objeto interno aparece en Freud, como superyó y este solo concepto debiera de haber llevado a una crisis de la psicología del placer: ya no re trataba de condiciones favorables para el placer sino de llegar a un cierto acuerdo con una prefiguración del mundo y de] futuro representado por las figuras internas.

5. — Pero es sólo con Klein que el objeto interno adquiere riqueza: se trata ahora de un mundo interno, de variedad de objetos relacionados según fórmulas complejas.

Para Klein, el origen de este mundo interno es la incorporación oral. La primera incorporación es de un objeto entendido según una relación oral con el sujeto, y vividos ambos según patrones orales. Es decir, donde el sujeto se entiende a sí mismo según un objeto oral y espera un objeto constituido según sus deseos y emociones orales.

La modalidad oral de entender implica justamente esto, que el otro no es sino idéntico a mí. a lo que espero que sea y lo que espero es lo que yo mismo haría. No hay posibilidad de una respuesta diferente y lo que el objeto tenga que enseñarnos acerca de sí, no es tomado en cuenta. La relación es de identificación (de tragarse uno a otro) o de ser el completo contrario uno del otra (uno vacío, el otro lleno, lleno a partir

de sentir que se -debe guardar lo que el vacío siente que le falta).

En la relación de objeto, entonces. se trata de una relación de significación, de una modalidad de ser y entenderse a si y a los otros. El modelo oral supone un marco de puro espejamiento. En otro momento, la respuesta del objeto puede ser incorporada: cuando no coincide con la expectativa del sujeto (no es tan malo como pensaba) y a partir de este juego de proyección (constituyendo al Objeto según una ley propia, según las propias necesidades y el propio modelo) y de introyección (posibilidad de ver diferencias. de asumir para el objeto un ser propio) se van moldeando sujeto y objeto, lo interno y lo externo. Se va moldeando la historia de las relaciones de objeto.

6. — Las formas que asumen las relaciones de objeto, pueden ser vistas como realizándose a través de ciertos modelos analogables con tratos a través de diferentes zonas corporales. Así un trato oral implica las características de una conducta de succión: un tragarse al objeto, incorporando y asimilándolo al sujeto, sin dejarle nada para sí u otro. Un trato anal implica, en uno de sus sentidos, un trato expulsivo como si el objeto contuviera todo lo sucio de lo cual el sujeto se desprende, en tanto él queda limpio. De este modo, las llamadas zonas representan ejemplificaciones corporales de los modelos de trato con objetos.

7.— Estas relaciones de objeto tienen dos vertientes. Una, real, mostrada, las relaciones de objeto visibles y actuadas, externa. Y otra interna imaginada, más o menos inconsciente. La teoría de las relaciones de objeto es la que viene a dar patente de realidad psicológica al mundo interno, porque lo externo no es pura objetividad, ni lo interno una copia más o menos deformada de una realidad objetiva. Hay una única realidad que se constituye por un interjuego de lo externo y lo interno y lo externo se define por ser consenso intersubjetividad, lo experimentable. Hay una “persistencia” de las relaciones de objeto en el mundo interno a la vez que las relaciones con los objetos externos se moldean según las modalidades de las relaciones con objetos internos.

8. — El concepto de relaciones de objeto implica la superación del prejuicio del objeto. Ya no se define más por ser una entidad externa, objetiva, sino que el -que los objetos sean objetivos es un momento de la historia de las relaciones con ellos Objeto se define como el término de una relación y objeto puede ser entonces tanto una persona como una parte de ella, y el vínculo lo puedo establecer tanto un sujeto entero o una parte de él, vinculando con la persona sólo un aspecto de sus afectos o intereses. Y en cada relación de objeto, el rol y valor del objeto es de naturaleza fantaseada, construida no según los valores “objetivos”, sino según una interrelación entre los valores reales y los de la fantasmagoría interna, y definido lo real como el ser del objeto para sí y para otro.

Precisamente el considerar objetos y no personas, permite englobar una generalidad de tratos de los cuales la persona es un caso particular. A ciertos niveles el trato es con partes de personas y están en juego partes del sujeto. De este modo el trato con personas no se instala de por sí, sino que resulta ser una adquisición, el producto de una experiencia (y no de un mero desarrollo).

9. — Podría preguntarse aún si el pensar en términos de relaciones de -objeto no es un simple cambio de nombre, porque el impulso también busca al objeto como necesario para su descargo, más allá de las problemáticas etapas de autoerotismo. Pero no es así en tanto una descripción en términos de relaciones de objeto supone

que la respuesta del objeto siempre integro la relación, aun hasta cuando es negada (que por negado, existe disociada, esto es, desarrollando el sujeto defensas en contra de su ingreso a la relación). E] objeto del impulso, de la descarga, se convierte en un caso particular, donde el diálogo con el sujeto se hace monólogo. Pero sabemos que esta forma de relación es precaria e insatisfactoria, que lejos de ser fuente de placer es fuente de angustia.

Si vemos en el impulso una forma de trato y no una necesidad de descarga, hallamos que hay una forma de sentir al objeto y de sentirse el mismo sujeto en presencia de él, un sujeto que no está ya todo hecho, sino que se moldea a si mismo por la respuesta del objeto.

Existen pues, relaciones objetales que están en una compleja y móvil interacción y la descripción en términos de relaciones de objeto posibilita una nueva forma de comprensión psicológica, alejada de la de una conciencia soberana.

Que según Fairbairn...

1. — Las obras de Fairbairn y Klein pueden ser entendidas conjuntamente, pues muchas de sus concepciones se definen a partir de un diálogo en el que resultan ser tesis complementarias. Más fecunda, Klein abarcó en su obra un amplio espectro de problemas, preocupada por adecuar el aparato teórico a la realidad práctica. Frente a ella, Fairbairn aparece como más audaz por su intenso cuestionamiento de aspectos básicos de la teoría psicoanalítica, como el del instinto.

2. — Para Fairbairn hay una evolución de las relaciones de objeto que puede entenderse como una progresiva ampliación del número y calidad de los objetos. Se trata del pasaje de relaciones parciales a relaciones más completas que implican aspectos más totales, tanto del sujeto como del objeto. Entre estos dos momentos, ubico una larga y complicada etapa de transición, por lo que los momentos inicial y final valen más como polos de su descripción del desarrollo que como fases con una existencia visible.

“A través de esta secuencia hay una expansión y desarrollo gradual de las relaciones personales con objetos, empezando desde una casi exclusiva y muy dependiente con la madre y madurando hacia un sistema muy complejo de relaciones sociales en todos los grados de intimidad.”

3. — El primer estado es llamado de “dependencia infantil” y el último de “dependencia madura” subrayando el hecho de que de alguna forma siempre se está con necesidad de trato con objetos.

La dependencia infantil está caracterizada por una actitud incorporativa, por una identificación masiva y una extrema dependencia: es decir, por los rasgos de un modelo oral de relación. La identificación masiva es para Fairbairn, una “identificación primaria”, que implica la relación con un objeto poco diferenciado de] sujeto y al que, por lo mismo, no se lo reconoce un ser propio para sí o para otro.

4. — En momentos en que Fairbairn publica su obra, Klein hablaba de una posición depresiva fundamentada en las relaciones de objeto melancólicas. Frente a esta posición, Fairbairn destaca la existencia previa de una posición esquizoide que describe las relaciones de la etapa de dependencia infantil como una situación endopsíquica básica,

5. — Dentro de esta posición esquizoide, Fairbairn señala dos momentos. El primero, preambivalente, en el que se plantea el drama del amor oral, o sea, el sentimiento de que el propio amor es dañino para el objeto, que su satisfacción (la plenitud) conlleva un vaciamiento del objeto, que queda así con las emociones del bebe cuando se siente vacío (y no con otras).

En este momento la frustración es referida a la madre, ella le niega su afecto y se supone que esto ocurre porque la ha destruido. Así el motivo de que su amor, o su demanda, sea rechazada, es que su amor ce malo. En el momento siguiente, ambivalente, el niño refiere la falta del amor de sus objetos a su odio, con lo cual puede mantener firme una situación de amor. Lo que facilita este paso es la disociación del objeto y del yo en dos relaciones, la buena y la mala (aceptada y rechazada) y la introyección significativa de la relación mala que tiene el carácter de **defensa da la relación buena**.

6. — El centro de esta relación lo constituye la disociación del objeto, el que se internaliza como objeto malo, como un intento de conservar un mundo buen-o y la posibilidad de una relación buena con él. De este modo la relación mala se hace secreta, inconfesable.

El objeto malo internalizado permite una primera disociación yo-mundo. A su vez el objeto malo interno es disociado en un objeto excitante, atrayente, y otro repelente, lo que explica que el sujeto no se separe de él.

Esta disociación del objeto conlleva una del yo, entre un yo libidinoso y el llamado “saboteador” interno”, ligados a cada uno de los aspectos del objeto. De este modo se establece una dramática entre ambas relaciones internas, que es un reflejo de la ambivalencia original del individuo hacia sus objetos libidinosos, a los que quiere y rechaza, con los que se liga con “deseos”.

Esta ambivalencia es tanto una duplicidad de sentimientos como una ambivalencia del objeto, el que funciona como ambivalente hacia el bebe (alimenta y hambreo). Es para superar esta situación intolerable, que el bebe disocia su objeto en una satisfactoria y una insatisfactoria, división que también se realiza en el ámbito de sus afectos.

La disociación nunca es completo y subsiste un aspecto del yo (yo central) vinculado a un objeto pre-ambivalente, total, añorado, que constituye un núcleo de idealización, e’ “ideal del yo”.

7. — Fairbairn señala las estrechas relaciones que se dan entre la disociación del yo de la posición esquizoide y la actitud de incorporación. El yo del bebe es un “yo bucal”, donde la boca es “el órgano principal de deseo, el principal instrumento de actividad y logro de satisfacción y frustración. Es la vía de amor y odio y el primer medio de contacto social íntimo.”

En esta posición, la relación con la madre es con un objeto parcial, centrada en ella como madre-que-alimenta, como pecho con una predominancia del recibir y una actitud libidinoso de incorporar. La experiencia de la relación oscilo entre los polos de plenitud y vacío y a su vez la madre aparece también a la misma luz: cuando el bebe se siente vacío, interpreto que la madre está llena y viceversa. Sobre esta situación se moldea la primera relación.

De este modo, la primera ansiedad del bebe será la de destruir al objeto de su amor, y Fairbairn señala, que el drama de la relación esquizoide es cómo amar sin matar con su amor.

8. — La relación de objeto parcial supone un tratar a los otros “no como personas con un valor intrínseco propio”, sino como meras ocasiones de satisfacer las propias necesidades, sin una existencia más allá de ello. Sería en este ámbito en el que valdría el principio del placer como orientador de las relaciones, pero entonces expresaría una relación degradada, aparte de una imposibilidad de una relación más completa.

A la vez, con este objeto parcial, despersonalizado, se establecen afectos peculiares, polarizados entre un amor y un odio intensos, según que el objeto sea vivido como complaciendo o no a las propias demandas.

9. — El estadio final, de dependencia madura, es definido en contraste con el primero: “Se caracteriza por la capacidad por parte del individuo diferenciado, de relaciones cooperativas con objetos diferenciados”. ‘Es una relación que implica equivalencia del dar y el recibir entre dos individuos diferenciados que son mutuamente dependientes y entre los cuales no hay disparidad de dependencia.’ La relación en este estadio puede considerarse como en un marco de reconocimiento de un ser en el objeto en el mismo plano del que el sujeto supone para sí. Es relación “con otro”.

“Por supuesto, este cuadro ideal nunca se realiza completamente en la práctica” y puede decirse que más bien se vive en el estadio intermedio, llamado de transición. Es el estadio del conflicto y de las técnicas defensivas, agrupadas en cuatro: paranoide, obsesiva, histérica y fóbica. Ellas constituyen métodos para tratar con las dificultades del estadio de transición, de salida de la relación oral.

La tarea del periodo de transición se complica por ser una etapa de incorporación de nuevas relaciones y una etapa de cambio de las relaciones con objetos anteriores, de pasaje, por ejemplo, de una relación parcial con los padres a una total, y este “acuerdo con los objetos internalizados”, este cambio con testigos de un trato anterior, es señalado por Fairbairn como un momento de dificultad especial. En este sentido las cuatro técnicas representan “métodos de tratar de desembarazarse de objetos tempranos que han sido internalizados, sin perderlos”.

10. — Respecto de la estructura endopsíquica, en tanto hay relaciones desde un comienzo, hay también la existencia primaria de un yo. Lo que correspondería al ello y superyó, no son sino diferenciaciones que nacen por disociación. Estas disociaciones hacen que el yo central pueda sentir como más o menos ajenos los requerimientos de un ello y las limitaciones que reclama un superyó. De este modo el conflicto que se daría en el propio yo es ajeno, se trata de un conflicto que se da entre dos fuerzas que el yo puede sentir como ajenas y a sí mismo como víctima pasiva de ese conflicto. En este sentido, el desarrollo implica también la integración entre estos aspectos disociados del yo.

11 — El proceso de desarrollo posterior es caracterizado por Fairbairn por: “a) el abandono progresivo de una relación de objeto primaria basada en la identificación primaria y b) por la adopción gradual de una relación de objeto basada en la diferenciación de este último”. Este cambio se acompaña de otro en cuanto al fin libidinoso, que pasa del succionar al dar, compatible con la actitud genital madura.

Entre estos dos momentos dan diferentes manejos de ambos aspectos (rechazado y aceptado) del objeto original, colocándose alternativamente como objeto externalizado o internalizado.

Fairbairn no aclaró debidamente, qué es lo que constituye el motor de este cambio y es sólo con la obra de Klein que este factor es definido como ansiedad y adquiere relevancia.

Y que según Klein...

1. — En la obra de Klein pueden distinguirse tres momentos: el anterior a “Algunas conclusiones. . .”, el que inicia “Envidia y gratitud” y el que está entre ambos.

En el primero, cuya obra representativa es “Psicoanálisis de niños”, Klein contribuye con varias anotaciones originales a lo que podría ser el esquema del desarrollo psico-sexual según Abraham. Es en el segundo que Klein desarrolla sus tesis más conocidas y trabajadas, la de las posiciones. Por último, “Envidia y gratitud” permite una reinterpretación de su obra centrada en las relaciones de objeto y que permite desligarse de la psicología de los instintos a la cual permaneció más o menos apegada.

Aquí nos referimos a los dos últimos momentos señalados.

2. — Klein parte de la existencia primaria de un ello que desde el comienzo de la vida tiende a relaciones, por lo cual al yo (el yo precoz) aparece también desde un comienzo. Estas primeras relaciones se hacen bajo la égida de un impulso indiferenciado que luego se defusiona en instinto de vida y de muerte. Esto -ocurre sobre el modelo de la conducta alimentaria y se corresponde con dos experiencias básicas del bebé: la de saciedad y la de insatisfacción y lleva al establecimiento de dos relaciones de objeto, con dos aspectos del objeto: el bueno y el malo. Esto a su vez conlleva una disociación del yo, de los afectos y los tratos: para un objeto es la parte amante, para otro la agresiva. Ambos objetos se constituyen por proyección: lo bueno o malo es según la interpretación del bebé que crea un objeto al que adjudica los sentimientos que él no quiere tener o que él tendría en su lugar.

Esta defusión instintiva se realiza bajo la presión del instinto de vida, y sirve para preservar una relación de objeto buena y permitir el manejo y tolerancia de una experiencia que de otro modo, por lo masivo de los afectos convocados, por la dependencia extrema que transforma en básica la presencia o ausencia de cuidados y alimento, sería intolerable y llevaría a algo así como explosión interna. Al producirse la defusión, el aspecto agresivo es proyectado hacia el exterior y crea el objeto malo, perseguidor. En tanto el amor es proyectado sobre el objeto bueno. Ambos se constituyen en objetos parciales (que toman nota de un aspecto de la experiencia con ellos y que les asigna una única función).

Estas dos experiencias básicas permanecen disociadas, es decir, en cuanto está presente una no se tendría conciencia de la existencia de la otra, y cada momento se definiría así, tajantemente, como de luz o de sombra.

3. — El trato con estos objetos supone un trabajo de introyección y proyección, por lo cual el mundo y el sujeto se van comprendiendo mutuamente y el sujeto va haciendo experiencia, una de las cuales y quizá la fundamental, es la posibilidad de disminuir la disociación y reunir en un mismo objeto las dos experiencias opuestas y en sí mismo dos afectos contrarios. De sentir que no era así, sino yo lo veía así, haciéndose notar la intransparencia de este yo. Este pase hacia la ambivalencia es el que marca el sentido del progreso en la posición esquizo-paranoide llamada así por ser la relación de objeto

donde predominan los mecanismos esquizoides (disociación, idealización, negación, omnipotencia) y paranoides (proyección que constituye al perseguidor). Pero la evolución no tiene esta única dirección: la proyección que hace al objeto malo, es una solución precaria, pues no significa la desaparición de este objeto, sino su vuelta como peligro que obligo a incrementar la agresión contra él y por lo mismo a esperar mayor agresión de parte del objeto. Otro tanto ocurre con el objeto bueno que se hace idealizado, en parte para contrapesar al perseguidor. Klein piensa en algo así como dos círculos del desarrollo de las relaciones de objeto: el que lleva a la constitución de objetos idealizados y perseguidores, y otro círculo que lleva al trato con objetos buenos y malos. La posibilidad de uno u otro estaría dada por la capacidad de tolerar la frustración sin constituir por ello un objeto perseguidor terrible y por la confianza en la propia fuerza y en la bondad intrínseca del objeto, sin sentirlo a él (y al yo) como ideales.

Lo que permite la experiencia de acercamiento y simultaneidad de ambos objetos, es la reiteración de buenas relaciones que lleva a hacer más tolerables las frustraciones, sin necesidad de sentir que por ellas se está ante un peligro devastador. Esta nueva forma de relación, supone un progresivo afianzamiento de la relación buena, pero no idealizada, que se convierte así, para Klein, en el eje del desarrollo de las relaciones de objeto.

4. — En la medida de la integración de sus sentimientos y de los aspectos del objeto, el bebe va accediendo a la posición depresiva, en la que ambos aspectos del objeto y de si mismo quedan reunidos y el sujeto llega a adquirir conciencia de que a quien ha atacado es al objeto bueno, y de que no era tan malo cuando frustraba. Y aún más, que él puede tener que ver con la maldad del objeto, que ella estaba fundada más en lo proyectado sobre el objeto (que no quería alimentarlo) que en sus verdaderas intenciones. Con ello se accede a un nuevo tipo de relación, basado en el cuidado por el objeto (que es ahora objeto total, una persona) desde el cuidado del objeto que supone la relación anterior, con intentos de reparar la situación anterior.

5. — Pero no se trata sólo de una culpa por agresiones, sino también de la capacidad para reconocer en el objeto un ser diferente al pensado por el sujeto, permitiendo así diferenciar lo que podría ser fantasía y realidad y con ello lograr un mejor contacto con lo real. El objeto se hace menos vulnerable de lo que antes se pensaba y la omnipotencia decrece. Aparecen nuevos y poderosos sentimientos, los de pena y culpa, que configuran una situación similar a la del duelo por el objeto dañado o en trance de haberlo sido. El temer a perder el objeto lleva a preservarlo y a repararlo, lo que implica esperanza de no haberlo dañado tanto y confianza en las propias capacidades y reconocimiento de sus límites.

Al mismo tiempo se da un ensanchamiento de las relaciones que deja libre al objeto, consiente en que tenga vida propia del mismo modo que el sujeto está dispuesto a tenerla él: reconoce en el objeto una persona y se reconoce a sí mismo en semejanza o reciprocidad con ella.

6. — Con esta descripción Klein ha señalado dos modos fundamentales de relación de objeto, que se dan ante una experiencia que desborda la capacidad de asimilación y se traduce en angustia (temor al desmoronamiento interno). La salida es la disociación, es decir, un trato por separado con diferentes aspectos de lo que era una única relación, y que permite “ignorar” que pertenecen al mismo asunto. Así puede continuarse el trato con él: es una “cura”. Y señaló cómo la progresiva confianza en las

propias capacidades y la disminución del sentimiento persecutorio permiten la integración de diferentes aspectos. Esta comprensión general de la situación, lleva a un trabajo efectivo con el objeto tendiente a su mejoramiento (principio de realidad) en lugar de tender a la satisfacción de las propias necesidades (principio del placer)

7. — Puede decirse que el trabajo "Envidia y gratitud" todavía no ha sido debidamente valorado en todas sus implicaciones y muy a menudo se le ve como la descripción de otro sentimiento que se agrega a los ya conocidos y descriptos. Pero esta obra puede verse como el inicio de una etapa de discusión de muchos esquemas que parecerían definitivos.

Así el de los instintos de vida y muerte. Puede entenderse (de acuerdo con Koolhaas) que este esquema es sustituido por la descripción de dos relaciones centrales, de envidia y de gratitud, quedando el aspecto impulsivo concebido como necesidad de trato, en semejanza a lo señalado por Fairbairn. Este impulso puede entenderse como dando cuenta de que siempre se está en alguna forma de trato, que la respuesta del objeto siempre íntegra (aun cuando es negada, como en el placer) nuestro trato con él y que nunca esta-meo fuera ole alguna forma de trato con objetos. Es decir, la objetología sustituye a la descripción en términos de vida instintiva.

8. — En efecto, la envidia supone trato, no un impulso surgido desde dentro y que traduce tensiones. La envidia es un sentimiento frente a otro. a como se le ve o supone y este otro está presente desde el origen del sentimiento. Y todavía mas, el objeto no queda como aislado del sujeto, protegido por un cristal, sino que la envidia supone querer hacerle algo, moverlo, como también se siente que con su mero existencia quiere hacerle algo al sujeto.

Si las experiencias fundamentales eran para Klein la de satisfacción y frustración y ellas aparecían hasta ahora como en correspondencia con el cuidado o alimento efectivamente recibido o no la envidia viene a dar cuenta de la independencia de lo sentido como que ocurre de una visión objetiva. La envidia hace ver que en la constitución de la experiencia mala, de frustración, el sujeto tiene mucho que ver, aún más que el objeto, y que en presencia de una satisfacción "objetiva" puede haber insatisfacción interna, precisamente originada en la capacidad evidenciada por el objeto de dar satisfacción. Y es esta experiencia (que ya no sería de frustración pura) la que viene a ser el prototipo de la experiencia mala y de sentirse malo el sujeto mismo-malo por el desafecto que supone la envidia. Este sentimiento es descrito por Fairbairn como futilidad, diferente de la depresión: es el sentimiento de que no se posee nada bueno y firme y que lo bueno está en los demás, el sentimiento de una radical segregación de los otros (o de una parte de ellos) vividos como gente en el cabal sentido de la palabra en tanto el yo se siente a si mismo como un puro depósito de envidia, como inhumano.

9. — La envidia determina que la relación con el objeto bueno, que se supone gratificadora, se oscurezca como buena porque de alguna forma lo bueno del objeto se hace intolerable para el sujeto: porque muestra que existe "algo bueno fuera de él, porque entonces la separación se hace sospecha de que el objeto está gozándose a sí mismo o dando de gozar a otro, mientras el sujeto tiene necesidad de él, una necesidad que se ve incrementada por este sentimiento y que llega a hacer indiferenciable si se trata de ganas de recibir al objeto o de aniquilarlo, de quitarle esa posesión intolerable que diferencia.

La envidia impide así una disociación adecuada y trae a la relación de objeto un

clima de confusión, diferente a la nitidez que campeaba en la anterior descripción de Klein. Por lo mismo se dificulta la posibilidad de una relación buena, de una buena alimentación, que como se vio, es la condición de la posibilidad de una salida del círculo esquizo-paranoide.

10. — El polo de este sentimiento es la gratitud y la capacidad de demostrarla. Esto supone la posibilidad de admitir lo bueno del otro y hasta de beneficiarse de ello, pero sin que este beneficio implique un quitarle cosas o un emparejarse con él, sino un testimonio de haber recibido y de que el otro tiene efectivamente cosas buenas.

Es así que el propio desarrollo es el mejor testimonio: el buen uso de lo propio evidencia haber recibido.

11. — Pero no se trata de una relación sólo entre dos. El plano de la envidia implica una relación social múltiple desde un comienzo. En efecto, la matriz de la envidia supone el triángulo, por cuanto lo sentido como bueno en el objeto es vivido como debido a uno y negado a uno, que en cambio es dado a un tercero (o existe esa posibilidad). La dramática del otro existe a lo largo de toda la vida y así es que uno de los elementos que, se suponía, aparecía recién con la genitalización, podemos entenderlo como presente desde un comienzo.

En este mareo, la gratitud, —correlativa de la posición depresiva— supone la admisión de cosas buenas en el objeto, como propias de él, esto es, que no son para el sujeto. Esta tolerancia (y posibilidad de beneficiarse) de las cosas buenas del objeto supone admitir que tenga una vida propia (relaciones para sí) y el mejor testimonio de ello es la posibilidad del propio sujeto de tener vida para sí, de no carecer de ella, en tanto la carencia supone un reclamo básico.

1. — En la base de este trabajo ha estado el intento de una delimitación entre dos encares del desarrollo psicosexual, y por lo mismo, entre dos desarrollos psicosexuales. De acuerdo con uno cabe una actitud descriptiva, lo que supone un observador no implicado, interesado en qué hace el sujeto- (chupar, eyacular-) corno y con qué parte del cuerpo lo hace (frotando masturbatoriamente, con la boca o la vagina) a quién o con quién lo hace (a sí mismo, a otro, espontáneamente como en la polución). Complementariamente este observador buscará los soportes biológicos y sociales de estas conductas y de su orden de aparición, soportes que entenderá como “causantes”.

2. — Ambos puntos de vista tienen su raíz en la obra de Freud y quizá uno predomine en su obra teórica, cuando trabajaba la necesidad de incluir sus descubrimientos en un fondo conceptual previo al cual las teorías físicas parecen marcar las pautas, y el segundo en sus observaciones clínicas o de la vida corriente.

Freud nos ha mostrado un cuadro enormemente comprensivo de lo sexual a partir de su descubrimiento de lo infantil como antecedente de lo adulto y de sus formas de continuarse en él. Pero ello necesitó que lo sexual dejara de ser sinónimo de lo genital, y al mismo tiempo, señalar la relación peculiar que se establece con el presunto observador objetivo, una relación que repite moldes internos que por esta vía se aclaran y son esta vez sí, “observables”.

Por ese camino pudo aclarar por qué este descubrimiento no había sido hecho antes y por que no era comúnmente aceptado al formularlo: descubrió simultáneamente el par represión-resistencia, que involucra e1 propio observador en

una relación de objeto con lo que observa, que no es objeto sino sujeto a su vez.

3. — Para otro punto de vista interesan los modelos de relación y para esta descripción, la masturbación no es autoerotismo, sino otra forma de relación con objetos. Se entiende por ejemplo, como un trato con otro orden de objetos que las personas del trato corriente, como el trato con un objeto “imaginado” que es una “parte de una persona” y en la que se juega sólo una “parte del sujeto”.

4. — Estos dos puntos de vista van desde la descripción del desarrollo psicosexual como conductas que manifiestan estadios en la evolución de un instinto que es su motor, a entenderlo como el desarrollo de las relaciones de objeto, dando cuenta del hecho de que el hombre tiene siempre en vista trato con algo o alguien que le “responde”, que su preocupación vital se ordena en torno a esto, y que en esta relación caben modalidades que suponen intentos de negarla (como el mero ignorar toda reciprocidad con el otro, al modelo de un psiquismo regido por el principio del placer) hasta los modos de incluir la respuesta del otro, el desarrollar la propia conducta en un marco de la dramática del reconocimiento. Es ver al hombre desde la perspectiva de su inherencia Social desde el comienzo mismo, como una sociabilidad cuya aparición, no se produce cuando las cuentas con el interior ya han sido arregladas:

Porque en esta moratoria hay también una forma peculiar de relación, de inherencia del otro.

5. — ¿En qué queda entonces el instinto si no es una fuerza que determina conductas? No hay en el hombre algo como una conducta fija que supone un objeto también fijo que es sólo ocasión de descarga y que tiene su éxito asegurado de antemano.

Ahora podemos ver que nunca se está fuera de una relación de objeto. Es decir, conjuntamente se modifica la teoría de los objetos, que dejan de ser los objetos definidos objetivamente (las personas) para poder ser todo aquello que es el término de un trato, aun lo imaginado.

Estos dos prejuicios —acerca del sujeto y del objeto— van juntos y requieren una modificación simultánea. Siempre se está en relación y aun cuando se la niega, lo que se hace es justamente eso, negarla, por lo que la relación que se establece se hace muy precaria y necesitada de cambio. Es que esta relación no es un paso hacia una relación mejor y más integrada que se daría por sí misma, movida por las fuerzas internas, o una vez que la maduración biológica lo permita, sino que se trata de una relación degradada a partir de una relación integrada sentida como imposible pero que exige, por el sujeto mismo, ser restaurada (porque él está enfermo mientras no asume un trato con un objeto sano y completo).

El instinto pasa a ser una fantasía de instinto, un modo de vivir una relación en la que el sujeto da cuenta de sí como un ser que se vive poblado de fuerzas que considera extrañas a sí mismo o a una cierta idea de sí mismo, fuerzas que buscan imponerle tratos, y esta ajenidad parece ser el carácter distintivo de lo que Freud tenía en vista cuando concibió el ello. A su vez esta forma de vivir el instinto implica una cierta forma de relación de objeto, signada por la necesidad de descarga de la tensión que el instinto supone y donde precisamente es tensión porque supone una activación arriesgada, que desconoce al objeto como otro frente al sujeto, que lo niega sobre el fondo de que otro trato es también posible y es el que el objeto espera.

6. — La crisis del instinto lleva a ver que el propio instinto no es una fuerza que mueve hacia la relación, algo que viene de dentro y sólo después busca al objeto. El instinto aparece ahora motivado en una relación, el sentir la tensión que define al instinto supone ya una relación en la que ya se está, frente a la que se siente el “im-

pulse” de llevarla por un determinado camino cuyo éxito no se considera seguro 6 plausible de acuerdo con las propias normas o de acuerdo con lo que se espera que sea la respuesta del objeto o del mundo.

Este es quizá el punto de inflexión de una concepción a la otra. Si es así, el instinto no es un instinto, fuerza ciega que brota desde dentro, sino que es deseo, en el sentido de que le pertenece al sujeto, que son ganas de él, que se ubica en el horizonte de su vida.

Asimismo en cuanto al resultado de la activación del instinto, el verlo como deseo supone llegar a la evidencia de que el resultado de alguna forma es “lo que YO buscaba”, algo que tiene sentido para mi propia vida. Allí puedo verlo como en continuidad con otras conductas mías y no como un rayo venido del cielo. Se trata de integrar el ello, de ver su disociación no como primaria.

El instinto no viene a instaurar una relación, sino que ya la supone y aparece como las ganas de modificarla, de resolver la situación de determinada forma, lo que supone una prefiguración de lo que el otro mismo quiere. Por ejemplo, si instinto de vida puede ser visto a esta luz, como el sentir qué es lo que el objeto quiere, que el objeto quiere que el sujeto viva, y las ganas de vivir suponen la vía por la que se realizará el acuerdo con el objeto, acuerdo que es entendible como el sentido secreto o manifiesto de lo que llamamos psíquico. Ahora el instinto viene de afuera, es convocación, e incluye al otro.

7. — Pero no ha sido un error la psicología instintiva. Da cuenta de una forma de vivir la relación consigo y los otros: a uno poblado de fuerzas ajenas, a los otros como términos de esas fuerzas. Y esta forma es una relación de objeto, pero sobre el fondo de una posible relación de sujeto.

El instinto es un patrón de conducta o afecto ~ Como tal quizá debe entenderse. Es patrón de conducta en cuanto (al igual que los sentimientos) define por un lado, **qué se quiere llegar a hacer con el objeto**, qué se tiene en vista como fin de la relación. Y por otro lado, **qué se quiere que el otro signifique** para uno.

Como patrón de conducta, el instinto sirve para entender la conducta al modelo de otra cosa, aquí según un modelo dinámico. Pero esta descripción (que muchas veces quiere ser también explicación y el instinto aparece como motor previo) no agota al sujeto. El sujeto se pierde si se le reduce a fuerzas que obran en él, a lo que tiene de general y lo iguala a todos.

Como patrón, el instinto nos sirve para comprender conductas, para evidenciar una cierta unidad intrínseca y decimos que obra un instinto en todas las ocasiones en que un cierto modelo no es desmentido.

8. — Este trabajo intenta mostrar el límite de la hipótesis de la analogía con el animal (ubicándola en un marco, el de una psicología atomística o solipsista). Esto no supone postular una conciencia transparente, ni una pura disponibilidad sino ver al hombre en situación.

En este plano, la descripción del instinto como motor interno es, por ‘lo menos, incompleta y se hace necesario no derogarlo sino repensarlo. Por ejemplo, a partir de que menta lo **no dominado** por la conciencia.

Se acepta generalmente que el hombre es más libre que el animal respecto de su dotación instintiva porque ella es “suspendible”. Esto quiere decir que su conducta no está decidida de antemano, y, más básicamente, que no sabe con certeza y de entrada

cuál es la pertinente. Y que además tampoco su logro está asegurado. Todo ello significa que su situación no es unívoca, que hay una simultánea falta de fijeza del instinto. y del mundo e implica que el hombre está preocupado por su comunicación, por su adecuación mutua con el mundo y que ella no es automática sino problema, un trabajo.

No se trata ahora de un hombre vuelto sobre sí y preocupado por móviles internos y ajenos, sino de comunicaciones, de convocatorias, de solicitudes y respuestas más o menos logradas, cuyos orígenes se pierden, son inconscientes. Es que el hombre está tomado por la situación y el sentido de ella no está hecho sino que debe ser interpretado, hay que hacerlo respondiendo, y tampoco los alcances de esta respuesta son dominados por la conciencia.

El instinto es respuesta. Pero el hombre no es pura virtualidad, no hay infinitas posibilidades de responder, sino algunas y modalizadas. Y a su vez ellas siguen un curso: no se inventan, al igual que las situaciones son **típicas. Se dilucida de qué situaciones se trata, proyectando, introyectando, tentando, haciendo experiencia.** Es decir, no es un planeo previo: sino que se resuelve respondiendo, arriesgándose.

El instinto no es sólo la modalización de la respuesta sino también una cierta **inercia**, una persistencia de intenciones, lo opuesto a la pura volubilidad. Cuando cierta respuesta se pone en marcha, es toda una secuencia lo que se inaugura. El hombre se compromete en un desarrollo una vez que lo inicia, no puede cambiarlo y corregirlo instantáneamente aun si se revela inadecuado. ¿Por qué? Porque la respuesta es una tentativa de acierto y algo más: una propuesta de trabajo, hacer que la situación, el objeto, responda a la interpretación y pruebe que la conducta fue realmente convocada.

El hombre sale de la incertidumbre actuando, Apuesta a una resolución y su fallo trae angustia, desmiente la adecuación postulada. Esta acción trata precisamente de adecuar el mundo a la interpretación que la motivó. El “instinto sexual” trata de hallar objetos sexuales, de probar que lo son, tentándolos, convocando su deseo. El fracaso, que motivaría una corrección, ocurre como frustración y angustia, lo que aleja definitivamente una posible adecuación mecánica subsiguiente Además el fracaso trae un nuevo sentido a la relación.

La conducta desencadenada prosigue, una cierta “inercia” lleva a una “descarga en el vacío” o la búsqueda de objetos sustitutos o descargas sustitutivas: modos de “forzar” la situación para permitir que la respuesta se cumpla, aun cuando ahora su cumplimiento no sea placentero sino angustiante, porque no logra sobrepasar la inadecuación original que trajo la apetencia. Y porque ahora activa la conducta frenada y también rabia.

El instinto es así externo, venido de afuera en cuanto convocado. Y es interno en cuanto la convocatoria no es unívoca sino organizada desde dentro, interpretada, poniéndose en juego el sujeto. Mueve a responder, pero esta respuesta es también **tratar** el objeto, tratar de configurarlo, de moldearlo para que “**responda**” a la interpretación Y confirme el sujeto, confirme que había comunicación.

Un planteo similar puede hacerse respecto de instintos más generales, como los de vida y muerte. No se trata de almitas cuya disputa tiene lugar en el hombre, -que pasa así a .ser la resultante de ese conflicto. Se trata del sentido de lo que el hombre

hace y le pasa, sentido que es visto con relación a un horizonte de afirmación o negación de la vida, de lo que la alienta o la amenaza, de lo que prosigue o interrumpe la comunicación con el mundo. Por supuesto son posibles otros horizontes, considerar otros instintos como primordiales, como marcos de referencia. Pero en este momento, los de vida y muerte parecen ser los más fecundos.

9. — El desarrollo psicosexual ha venido a parar entonces en la evolución dialéctica de las formas de relación de objeto, donde una forma de la relación sólo se comprende como antecedente y prefiguración de una futura y como degradación o imposibilidad de esa futura, y donde ninguna existe en pureza.

La genitalidad no se describirá ya por una cierta forma de comportamiento, sino por una cierta forma de trato con el otro, en donde la propia satisfacción es la vía para la satisfacción del otro, y donde la satisfacción es entendida como posibilidad de reparación, no como descarga. Y esta relación a través de los genitales puede ser satisfactoria sólo si las relaciones de objeto son “maduras” y sólo existe sexualidad genital cuando las relaciones de objeto son satisfactorias, reparadoras.

Lo genital se equivale a posibilidad de una relación de objeto según el modelo depresivo, supone un objeto total, persona, y un sujeto para quien hay deseos y no impulsos ciegos y que en la relación integra y compromete más o menos su vida entera.

El pasaje supone dejar de tener en vista un hombre preocupado por sus impulsos, por un ello ajeno, para ver un hombre preocupado antes que nada por su trato con otros, donde el objeto cuenta y su respuesta tiene que ver con él mismo, donde toda psicología es relacional.

El desarrollo psicosexual no hace sino describir desde un punto de vista, el desarrollo de toda la personalidad. Así debe verse que pubertad y adolescencia no están tanto determinadas biológica como socialmente, que significan no una modificación corporal, sino antes que nada, una modificación de las reacciones de objeto. Es el fin de la moratoria representada por la infancia y el momento de la inclusión en el mundo como un yo entre otros yo, con la reciprocidad que ello implica y los consiguientes conflictos. Uno de los cuales es sentir esta inclusión como un empuje desde dentro o fuera, que encuentra a un sujeto no preparado y víctima de esta incorporación y de ese urgente requerimiento que hasta ese momento había sido olvidado (el de que el tiempo pasa).

10. —La envidia como nuevo marco de descripción de las relaciones de objeto es quizá el fondo conceptual que permite ir más allá de la psicología solipsista. Por supuesto, la envidia como modo de relación de objeto, no como emoción.

Ella implica una sociabilidad esencial, ella es ya una interpretación de relación. La envidia es vivirse determinado por como se ve y espera a los demás. No es hombre, que puede entenderse como una traducción de un desequilibrio biológico. Es deseo de lo que otro tiene, deseo que surge por ver que otro lo tiene y deseo que no está antes. Es sentir la carencia ante lo que se siente como poseído por otros y por ello, debido a uno o haciendo intolerable el no tenerlo también. Pero esto supone, antes que nada, que hay algo como “otro”, desde un comienzo. Y que el otro es aquí desafío. No hay atomismo, sino una sociabilidad donde lo que el sujeto mismo es o siente se define por

su modo de sentir al otro. El impulso no viene ya de dentro ni es motor, también viene de fuera y está motivado. Debemos revalorar lo que señaló Freud, que el impulso nace como intento de colmar un desplacer que ahora podemos entender como “molestia” por el otro, cuyo origen ya no es el cuerpo biológico sino el otro, con quien estamos corporalmente, insertados ambos en el mundo por el cuerpo.

Ray así una relación por lo menos de dos en el origen del impulso, pero quizá hay más: porque este otro sólo es tal sobre el fondo de un tercero para quien es otro, y para quien guarda los dones que no le da el sujeto, con quien sí tiene relaciones satisfactorias. El placer es quitar cosas, vaciar al objeto y dejarlo como pertenencia propia, al modelo oral, o esquizo-paranoide, pero esta relación no deja en paz, porque el tercero ha sido privado y vuelve como perseguidor. Y porque el otro queda como cáscara vacía que se vuelve carga.

El desarrollo psicosexual se haría así pasaje del deseo esquizo-paranoide al deseo depresivo, de la relación de envidia a la gratitud, en la que el poseer uno es la forma de “dejar vivir” al otro, libre para sus propias uniones, y esta libertad es consentida y testimoniada por las uniones felices del propio sujeto.

La admisión de una vida separada y propia en el objeto, lleva a readmitir la existencia de un impulso separado de uno, como un consentimiento a lo -que se da en mí, a lo que hay en mí y no es pura conciencia. El reconocimiento de algo ajeno y propio a la vez, lo sexual, la entrega a una relación que no domino, a una “especie” en continuidad con la cual me reconozco y a cuya continuidad me debo: una vida “del hombre” que integro y que me desborda.

La normalidad sexual se hace una normalidad cultural, consentimiento y cultivo, un trabajo y no un reflejo, un querer que supone espera, inadecuación, algo que se hace y no que brota desde dentro, y que implica otros desde su origen.

11. — Koolhaas ha señalado que el esquema envidia-gratitud supera al esquema instinto de vida e instinto de muerte y la disociación maniqueica implícita. La envidia entendida como superación de la mera ajenidad y no como emoción mala que representaría una vuelta a la disociación maniquea. Pero además este nuevo esquema permite reinterpretar al instinto. Verlo como motor implica un nivel descriptivo, es la fantasía del instinto (como sí, impulsado por) y no un nivel explicativo. Y como descripción es contradictoria e incompleta. Porque no toma en cuenta que surge de una situación en la que ya se está y que supone una interpretación de ella. Ni tampoco que es un intento por resolverla, una anticipación de su curso futuro, una forma de superar una situación de ansiedad (ansias de que pase algo y se defina qué es lo que toca vivir, que se defina y que saque al sujeto de hacer bullentes hipótesis que implican un modo de ver a otros, que luego se mostrará equivocado y que lo descubrirá a sí mismo, mostrándole la distancia entre cómo ve a la gente y cómo ella es).

REFERENCIAS

ABRAHAM, K.: Psicoanálisis clínico (Hormé, Bs. Aires, 1966)

FAIRBAIRN, R.: Estudio psicoanalítico de la personalidad (Hormé, Bs. Aires, 1966)

FREUD, S.: Historiales clínicos
Introducción al psicoanálisis

Una teoría sexual
Metapsicología
El yo y el ello
La organización genital infantil

(Obras Completas, bib. Nueva, Madrid, 1948)

KLEIN, M.: Psicoanálisis de niños (Hormé, Es. Aires, 1964)

Desarrollos en psicoanálisis

(Hormé, Bs. Aires, 1967)

Envidia y gratitud

(Hormé, Bs. Aires, 1969)

KOOLHAAS, G.: Seminarios en la A.P.U., 1967